

algunas grapas que habia arrancado de la pared, y las sábanas de su cama, logró fabricar una especie de paracaídas, con el cual hizo en su prision un ensayo que tuvo un resultado satisfactorio. Consiguió además desprender la reja de una ventana, y desde esta pasó á un terrado cuya elevacion sobre el suelo era de unos doscientos pies. Despues de haber titubeado por algunos momentos, al fin se resuelve á arrojarle; y como no habia previsto el efecto que debia producir en la rapidez del descenso un paquete que llevaba consigo y pesaba de veinticinco á treinta libras, se rompe al caer el pie izquierdo, de manera que no puede atravesar un muro de otro terrado, para llegar á la orilla del rio que bañaba los cimientos de la fortaleza. El dolor que experimentaba era tan vivo, que le hacia prorumpir en agudos y penetrantes gritos, con los cuales asustadas las centinelas, que habian huido al tiempo de su caída, no se atrevieron á acercarse al paciente hasta que empezó á clarear el dia. Le condujeron entonces á su prision, le echaron en el suelo, le dejaron allí tendido, y por espacio de cerca de ocho horas no recibió ningun socorro. Viendo los que le guardaban que no estaba muerto, llamaron un cirujano que le curó sus heridas ó fracturas. Permaneció tres meses en cama; llegó por fin el dia de la libertad; le sacaron de la fortaleza donde estaban tambien encerrados sus colegas *Lamarque* y *Quinette*, y fueron conducidos todos juntos á Friburgo en Brisgraw, y desde allí á Francia.

En la sesion del 26 de ventoso el representante *Quinette* hizo la narracion de los hechos relativos al arresto de los ciudadanos *Sémonville* y *Maret*, y de su comitiva; he hablado en otra parte¹ de esta violacion del derecho de gentes, y no me detendré aquí en referir los ultrajes que estos enviados sufrieron en Chiavenne, ni las circunstancias que acompañaron á su arresto, sobre lo cual trasladaré sin embargo algunas frases de la relacion de *Quinette*: «Hunden las puertas, se apoderan de las armas, amarran á vuestros embajadores; ni su comitiva, ni su misma familia se libran de tan bárbaro rigor; no se respeta ni la candidez de la infancia, ni la debilidad del sexo, ni el aspecto venerable del anciano; todos fueron ultrajados, golpeados y despojados; huyen al campo los habitantes de la aldea, y una parte de estos caribes saquean los equipages de sus víctimas.»

Los empujan á culatazos; los meten en un barco, los colocan en dos filas atados unos á otros, parten, y estos Franceses encadenados entonan canciones patrióticas, y especialmente el himno de los Marselleses, que repiten los ecos de la ribera. Estos cantos no son interrumpidos sino por las palabras injuriosas que dirigen á estos infelices algunos emigrados. *Sajou*, hombre en quien tenia puesta su confianza el embajador *Sémonville*, hace un esfuerzo y se levanta, sacude sus cadenas y en voz inteligible dice estas notables palabras: «Un Fran-

¹ Véase este Bosquejo, tom. III, pág. 194, 195.

« ces, que no sea un cobarde ó un infame, no puede presentarse aquí sino con los grillos en los pies ó con las armas en la mano. »

Estos desventurados Franceses fueron conducidos á las cárceles de Gravedonne, donde les quitaron sus cadenas, y de allí trasladados á las cárceles de Mantua, cuya mortífera insalubridad, agregada á las privaciones y maltrato, causó la muerte de tres de los arrestados. El general *Montgeroult*, anciano de setenta años, empleado en la legacion de Nápoles, murió en las cárceles de esta ciudad. *Tasistro*, ingeniero, intérprete, agregado á la legacion de Constantinopla, terminó en ellas su carrera: las mismas causas privaron de la vida á *Lamarre*, secretario de legacion, jóven cuyas buenas prendas captaban la benevolencia de todos. Pedia este que se le permitiese hacer su testamento, y como se negasen sus carceleros á darle esta satisfaccion, hace entonces el último esfuerzo, se levanta de su mezquino lecho, va arrastrando y llega á duras penas á los barrotes de su prision, llama con voz triste y descaecida á *Merger*, uno de sus compañeros de infortunio, acometido tambien de una enfermedad que no le ha dejado, y le dice estas palabras: « Amigo, recibe mi último suspiro; pertenece á la amistad y á la patria. »

Al principio se permitió á los embajadores tener correspondencia con su familia y leer algunos libros; pero bien pronto se vieron privados de este

consuelo. El 22 de octubre de 1793 se aumentaron los rigores, y á algunas demostraciones de benevolencia, que hasta entonces habian recibido, sucedieron la esquivéz y la aspereza en el trato; ya no hubo mas correspondencia ni libros, y cesaron las visitas de los oficiales y demas empleados, encargados de la custodia de los presos. Fuera de estas privaciones, sufrieron muchas sequedades, palabras duras y amenazas bárbaras; á cuyos males se agregaron los que produjo la temperatura malsana de Mantua, ciudad enteramente rodeada de pantanos. Casi todos estos presos cayeron enfermos, casi todos guardaron cama; y como á vista de esto hubiesen declarado los médicos que no respondian de su existencia en un clima tan insalubre, se dió orden de que los ciudadanos *Maret* y *Sémonville* fuesen trasladados á una fortaleza del Tyrol, llamada *Kustain*. Aunque se hallaban en un estado de debilidad extrema, acometidos de un principio de hidropesía é imposibilitados de moverse sin ayuda de otros, se creyó necesario para evitar las contingencias de su traslacion, cargarlos otra vez de cadenas. De este modo fueron conducidos á su nueva prision, que no tenia mas que diez y ocho pies cuadrados de superficie, y en donde penaron por espacio de diez y nueve meses. Los demas Franceses de la comitiva de los embajadores quedaron en las cárceles de Mantua, expuestos á los estragos del aire pestilente de esta ciudad.

Unos y otros fueron sacados de sus prisiones y conducidos á Friburgo en Brisgaw, donde estuvieron casi tan sujetos y encerrados como en las *bastillas* que acababan de dejar. En este estado de privacion y de impaciencia pasaron cinco semanas; finalmente el cange los restituyó á la patria y al goce de la libertad.

Quinette habló tambien de la buena acogida que tuvieron los presos en Suiza: « Desde el momento en que los cautivos franceses entraron en el territorio suizo, sintieron el beneficio de respirar el aire puro de la libertad. Los oficiales austriacos los acompañaban todavía; pero entonces era fácil y aun dulce el olvidarlos. El carácter franco, ingenuo y noble de los Suizos que vinieron á Richen, el celo y conato con que se apresuraban á manifestar el gozo que tenian en ver á unos Franceses, víctimas tanto tiempo de su amor á la patria, hicieron en estos la impresion mas profunda y deliciosa. Creció su contento y satisfaccion al ver que los magnánimos Suizos, no queriendo separarse de ellos, los acompañaron hasta Basilea. En esta ciudad fueron visitados por un inmenso gentío cuya curiosidad era igual al interés que tomaba en la suerte de los presos; las preguntas se multiplicaban con extraordinaria rapidez, y á respuestas breves y concisas sucedia la expresion de los mas vivos sentimientos. Los ciudadanos franceses no vieron en los habitantes de Basilea sino unos verdaderos hermanos; se felicitaron mutua-

mente de verse reunidos, y un banquete patriótico en que se oyeron los himnos de la libertad, terminó un dia que fue memorable para todos los amigos de la humanidad. El dia siguiente se renovó la misma escena en casa del ministro de la república francesa y en una sociedad de amigos de nuestra revolucion. Estos fueron los primeros que por medio de relaciones interesantes, fruto de una constante observacion, corrieron el espeso velo que ocultó á los ciudadanos franceses, por espacio de tres años, los acontecimientos políticos de su patria. La multitud de los objetos no les permitió distinguirlos; reconocieron solamente el genio republicano que, elevándose sobre todas las facciones, perseguia igualmente la anarquía y el realismo, y para contrarestar los enemigos de la república reunidos en secreto contra ella, formaba una falange formidable de sus amigos, acrisolados por la desgracia, que habian permanecido fieles, cuerdos y alentados¹. »

El 7 de nivoso entraron en el territorio frances, y en Schelestat, Saint-Dié, Toul, etc., fueron visitados por las autoridades constituidas, y recibieron las mas gratas demostraciones del afecto público; pero por grande que fuese el gozo que les causaba la buena acogida de sus conciudadanos, no alcanzaba á borrar la profunda impresion, que habian dejado en sus almas los males que acababan de sufrir entre los enemigos de la

¹ Rapport des représentants, etc. pag. 130, 131.

Francia, males que no habian referido enteramente en sus informes, pues Quinette dice en el suyo « que no quiere descorrer el velo á los horribles secretos de las cárceles del Austria; sus pormenores, añade, harian estremecerse á la humanidad, y repugnarían á nuestros sentidos. »

Los ejecutores de las persecuciones traspasan casi siempre los límites que les prescriben las órdenes de sus gefes, y por un exceso de celo ó de bajeza servil, á la crueldad de estos añaden su crueldad personal: observacion que no debieran nunca perder de vista los que ejercen el poder.

CAPITULO II.

Condenacion de Lemaitre; informes falsos de los agentes de la emigracion; sus funestas consecuencias; el emigrado Geslin; conspiracion de Babeuf; ataque del campo de Grenelle; muerte de Stofflet y de Charette; se pacifican los departamentos sublevados; triunfos de nuestros ejércitos; traicion del general Pichegru; le sucede Moreau; conquistas de Bonaparte en Italia; el conde de Lila se aleja de Verona.

He hablado del conspirador *Pedro-Jacobo Lemaitre*, y he citado los fragmentos de su correspondencia¹. La comision militar que entendió en esta causa, pronunció su fallo á fines de brumario del año IV de la república, y le condenó á la pena capital. Entre sus cómplices, *Jacobo-Francisco Brière* fue condenado á seis años de prision; *Cárlos Perrin* á dos años; *Antonio Huguet*, llamado Desfargues, á un año; *Nicolas Laurent*, *Favier* y *Teodoro André*, á seis meses. La misma comision condenó á dos ausentes á la deportacion, y absolvió y puso en libertad á otros tres de los acusados.

Estas condenaciones y los resultados del acontecimiento vendimiario llenaron de consternacion á los autores secretos de este, pero no los corrigieron. A pesar del mal éxito de sus tentativas,

¹ Véanse tomo iv las páginas 358, 359, 366, 367 y siguientes.